MATT Y LOS PINGÜINOS (Una visita a la "Copacabana" antártica)

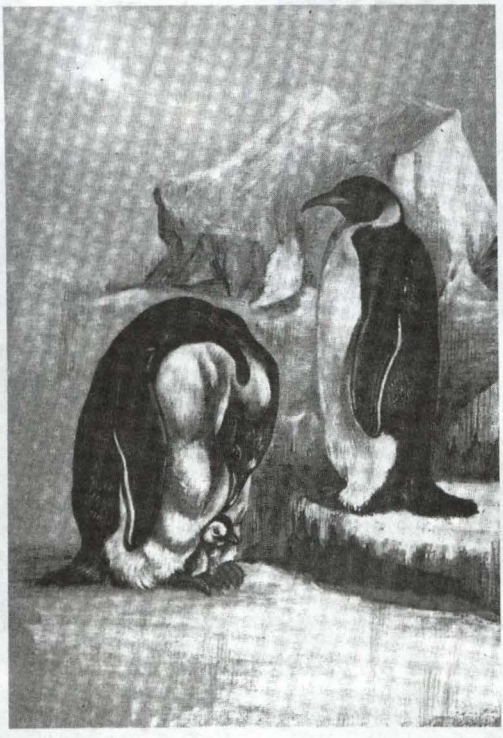
Por: Alejandro Guerrero

Cuando un pingüino sale del agua, inmediatamente comienza a hacer esto: frota varias veces el pico en la punta de su cola y luego lo pasa cuidadosamente por encima y debajo de sus húmedas plumas. No importa a qué especie pertenezca, puede ser un pingüino de Adelia, uno de Barbijo o un Emperador. Cuando salen del agua todos hacen lo mismo. ¿Por qué? Esa es la pregunta que le hice a mi amigo Matt Becker, un joven americano, investigador de pingüinos, cuando tuve la oportunidad de visitar su pequeña estación biológica , ubicada en una pintoresca bahía de la isla Rey Jorge, en la Antártida.

Matt es el típico naturalista. Enamorado de la vida silvestre y de las aves. Trabaja hace dos años en la Antártida y su tema favorito son los pingüinos; por eso, cuando uno le hace una pregunta sobre esas simpáticas aves, él se entusiasma y responde a la primera, y a todas las otras preguntas que uno todavía no ha formulado o que, tal vez, aún no tiene en mente.

-Los pingüinos -comienza a decir Matt- son aves que buscan su comida buceando incansablemente en las frías aguas de los mares antárticos. Algunos pasan días y hasta semanas enteras en el océano, pescando el krill, que es su comida predilecta. Después de permanecer un largo periodo en el agua, sus plumas pierden un poco del aceite impermeabilizante, que es fundamental para proteger sus cuerpos en sus largos paseos bajo el agua. Por eso, tan pronto salen a tierra, frotan su pico en la punta de sus colas, donde tienen una glándula que produce ese aceite, y lo esparcen en las plumas, para devolverles su resistencia al agua.

En la Antártida -continúa Matt, sin darme tiempo a repreguntar nada- hay sie-



te especies de pingüinos y todos comen krill. Ese camaroncito diminuto que se reproduce de manera prodigiosa en las aguas heladas. Uno podría preguntarse, por qué la naturaleza produjo siete especies de pingüinos para consumir el mismo alimento, si con una era suficiente. Bueno, no es el único caso que se da en el mundo animal, pero lo interesante es que aunque existen 7 "especies", ellas no compiten entre sí por la comida.

En la Antártida, conviven varios millones de pingüinos, bien distribuidos a lo largo y ancho de este inmenso territorio. Hay grupos que habitan en los hielos eternos del continente, como los Emperadores; mientras que otros prefieren formar sus colonias en las regiones más abrigadas de la zona peninsular, o en islas y bahías escondidas, que están bastante alejadas unas de otras. Aparte de esto, no todos buscan su comida en las mismas aguas. Algunas especies han aprendido a bucear a grandes profundidades, donde tienen mejores oportunidades de pescar su krill sin ninguna competencia. Los de la especie Papua, por ejemplo, se sumergen hasta los 135 metros de profundidad, aguantando la respiración como no lo hace ninguna otra especie .

También a la hora de anidar hay diferencias entre ellos. Cada especie escoge sus sitios preferidos para poner sus huevos y criar a sus polluelos. Algunos suben hasta las colinas más altas, barridas por el viento, mientras que otros gustan quedarse junto al mar. Y no faltan los fanáticos del frío, que ponen sus huevos y crían a sus polluelos directamente sobre el hielo.

En resumen, siete especies animales que comparten el mismo territorio, y que comen prácticamente lo mismo, resultan siendo muy buenos vecinos, porque saben comportarse de la manera adecuada. Buen ejemplo para los humanos, ¿no?

-¿ Tienen depredadores naturales los pingüinos ?, -me atrevo a interrumpir.

-Por supuesto -dice Matt-, un poco apenado por sus amigos. Las focas leopardo son feroces cazadoras de pingüinos. Los atrapan buceando a gran velocidad y los despedazan, azotándolos contra el agua, antes de devorarlos. Las orcas también los persiguen, a veces hasta las mismas playas donde se refugian cuando las ven aparecer sobre las olas. En tierra, su peor enemigo son las skuas, aves de rapiña que roban los huevos de los nidos y también matan y comen a los polluelos cuando los padres se descuidan.

Para Matt, y los otros tres jóvenes investigadores americanos, que conocí en la Bahía Copacabana de la isla Rey Jorge, los pingüinos son las aves marinas más fascinantes que hay en la Antártida. Para estudiarlas, ellos tienen que vivir 5 ó 6 meses al año en una pequeña estación biológica, donde con las justas entran sus camas, sus libros, y algunas provisiones que les deja un barco que los visita una vez cada dos meses. Es una vida dura, siempre expuesta al frío y los vientos huracanados de la Antártida, pero que ellos encuentran más emocionante y divertida que ningún otro lugar en el mundo, porque sólo aquí pueden estudiar el comportamiento y las estrategias de alimentación de los pingüinos, tan de cerca, como si fueran amigos personales.

Después de una larga caminata por la bahía, charlando y observando a los pingüinos de Adelia, Papua y Barbijo, que son los más comunes en esta isla, Matt me invita a tomar un café en la pequeña cocina de su casa estación biológica. Acepto con ganas, porque el frío cala los huesos; pero apenas al entrar, siento un olor espantoso, que llena la pequeña habitación donde los otros tres gringos están trabajando sus notas como si no olieran nada. Ellos me sonríen y me invitan a sentarme. ¿De dónde vendrá ese olor tan terrible?, me pregunto; cuando, repentinamente, descubro sobre la mesa, encima de los libros, arriba de las sillas y hasta debajo de las camas, unos recipientes de plástico que contienen un liquido extraño y maloliente al que nadie parece dar importancia.

¿Qué contienen esos recipientes Matt?- pregunto, casi adivinando la respuesta.

- Bueno - dice bajando un poquito la voz-, periódicamente tenemos que hacer estudios de contenido estomacal de los pingüinos. Así que agarramos algunos, los hacemos vomitar y estudiamos los restos, para saber qué están comiendo, cuánto, y, sobre todo, para registrar los tipos de peces que les sirven de comida cuando no encuentran suficiente krill. Sólo haciendo eso hemos podido aprender todo lo que sabemos sobre ellos.

Miro otra vez las bandejas y comprendo que tal vez ésta es la parte menos agradable del trabajo de los investigadores. Muy diferente a contar los nidos, censar a los adultos o disfrutar viendo crecer a los gordos polluelos. Pero si no lo hacen hombres como Matt y sus colegas, ¿quién nos contaría la verdadera historia de los pingüinos?

Al despedirnos, Matt me dice que le encantaría visitar alguna vez el Perú, donde viven los pingüinos de Humboldt que él nunca ha visto en su vida. Le respondo que no sólo los pingüinos de Paracas le parecerán interesantes sino también la enorme diversidad de aves marinas de nuestras costas.

Entonces quedamos en vernos en el Perú, algún día....Y allí, yo invito el café.